

MÓDULOS DE VIDEOCONFERENCIAS

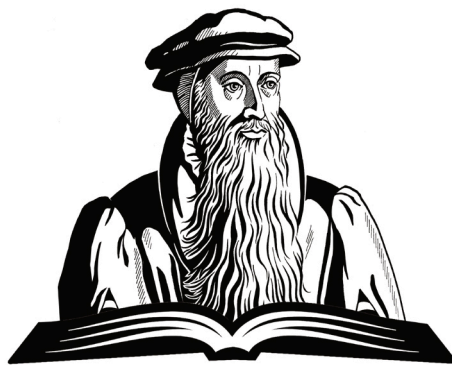
Teología Sistemática

Rev. Robert McCurley (ThM)

Módulo 2: La doctrina de Dios

Lección #3

Los nombres de Dios



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Las traducciones de los documentos confesionales históricos, tales como, la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Menor de Westminster y el Catecismo Mayor de Westminster fueron usados con el permiso de la Editorial de la Academia de Teología Reformada © 2024.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Greenville Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana de Greenville], en Taylors, Carolina del Sur; una congregación de la Free Church of Scotland (Continuing) [Iglesia Libre de Escocia (Continuada)], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

www.greenvillepresbyterian.com



Teología Sistemática

Módulo 2: La doctrina de Dios
por el Rev. Robert McCurley

1. Introducción
2. La naturaleza, los límites y los medios de conocer a Dios
- 3. Los nombres de Dios**
4. El ser de Dios
5. Los atributos de Dios (1.^a parte)
6. Los atributos de Dios (2.^a parte)
7. Los atributos de Dios (3.^a parte)
8. La Trinidad
9. El decreto de Dios
10. La predestinación
11. La creación
12. La providencia



TS 2: La doctrina de Dios

por el Rev. Robert McCurley

Lección #3

Los nombres de Dios

¿Cuál es el propósito y la importancia de un nombre? Los padres pueden escoger el nombre de su bebé por un sinnúmero de razones. Tal vez, porque les gusta como suena, o porque quieren llamarlo como algún familiar o amigo suyo, o porque les gusta el hipocorístico que suele ir asociado a ese nombre, u otras razones.

Pero en las Escrituras, los nombres tienen un mayor significado de los que suelen tener en las sociedades contemporáneas. En el principio, en el huerto de Edén, Dios le dio a Adán el señorío sobre todas las criaturas. En Génesis 2:19, leemos: «Y Jehová Dios formó de la tierra todo animal del campo y toda ave de los cielos, y los trajo a Adán para que viera cómo los había de llamar; y todo nombre con que Adán llamó a los seres vivientes, ese es su nombre». Nombrar equivale a señorear.

Vemos también que los nombres describen el carácter de lo que es nombrado, y lo distingue de cualquier otra cosa. Así que Adán pudo haber dicho: «Bien, esto que está acá es un pez; y lo que está allá es una vaca». Esto se vuelve más significativo cuando dirigimos nuestra atención a cómo Dios nombró a las personas.

En Génesis 32, vemos a Dios cambiando el nombre de Jacob, que significa suplantador, por el de Israel. Porque se nos dice que, al igual que un príncipe,

peleó con Dios, y prevaleció. De manera que su cambio de nombre estaba cargado de significado. También puedes compararlo con otros ejemplos: Dios le cambia el nombre a Abram por el de Abraham; y a Sarai, por el de Sara, entre otros. Podríamos citar muchos ejemplos más.

Pero esto cobra aún mayor trascendencia cuando prestamos atención para considerar los nombres de Dios. Aprendemos que estos nombres revelan la naturaleza y el carácter de Dios. La serie de lecciones de este segundo módulo de teología sistemática está dedicada al estudio de la doctrina de Dios. Y tiene como propósito explorar lo que la Biblia nos enseña sobre Dios, lo que Dios nos revela sobre sí mismo.

En la lección anterior, vimos la naturaleza, los límites y los medios por los cuales conocemos a Dios. En esta lección, aprenderemos lo que la Biblia enseña sobre los nombres de Dios, introduciéndonos así en la manera cómo Dios se revela a sí mismo. Esto preparará el camino para lo que estudiaremos después acerca del ser y los atributos de Dios, en nuestras siguientes lecciones.

Comenzaremos pues, en primer lugar, analizando un pasaje de las Escrituras con el fin de introducir nuestro estudio de la revelación de Dios sobre sí mismo. En Éxodo 6:2-3 leemos: «Y habló Dios a Moisés y le dijo: Yo soy Jehová. Y me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos». La revelación de este nombre, Jehová, marca un antes y un después. Le fue declarado a Moisés desde la zarza ardiente, en Éxodo 3:14, «YO SOY EL QUE SOY... Así dirás... YO SOY me ha enviado a vosotros».

Recordarás el contexto de Éxodo 3:1-22. Allí aprendemos sobre la presencia de Dios en los versículos 1 al 4; sobre el pacto de Dios, en los versículos 5 y 6; sobre su compasión, en los versículos 7 al 9; y, después, sobre la comisión que le dio a Moisés, en los versículos 10 al 12; su fidelidad, la fidelidad de Dios, en los versículos 13 al 15; y sus intenciones, en los versículos 16 al 22.

El nombre de *Jehová* apunta a la aseidad de Dios, y a su inmutabilidad, su incapacidad para cambiar. Esto lo vemos a partir del verbo «ser»: Dios le dijo: «YO SOY me ha enviado», «YO SOY EL QUE SOY». De manera que el nombre *Jehová* nos revela la aseidad de Dios. Pero también revela que el Señor es el Dios que guarda el pacto.

Él confirma que es el soberano y que siempre guarda las promesas de su pacto. Esta es una revelación muy significativa de su gloria como Dios del pacto que hizo con Moisés y, términos más generales, con todo Israel. De hecho, este será el nombre predominante en el resto del Antiguo Testamento, el nombre de *Jehová*, o, en algunos casos, *Señor*.

Cuando vamos al Nuevo Testamento, descubrimos que a Jesús se le identifica como *Jehová*. Una forma en que esto se evidencia es al observar cómo las Escrituras del Antiguo Testamento son citadas y usadas en las Escrituras del Nuevo Testamento. Existen muchos ejemplos de este tipo.

En Isaías 6, Isaías tiene delante de sí la visión del Señor en el cielo, con sus faldas llenando el templo, y demás; con los ángeles diciendo: «Santo, santo, santo, *Jehová* de los ejércitos». Cuando te diriges al Nuevo Testamento, hay una referencia a ese momento en el evangelio de Juan 12, donde se le identifica con Jesús. El que vio Isaías, en Isaías 6 era, en realidad, Cristo.

Podríamos ver lo mismo en muchos otros pasajes. Joel 2, el Salmo 16, entre otros muchos lugares que se refieren al nombre de *Jehová* son retomados, citados y aplicados en el Nuevo Testamento con respecto al Señor Jesucristo.

Asimismo, cuando piensas en el capítulo de Juan 8, el cual se centra en torno a este nombre, *Jehová*, y como es aplicado a Jesús, recordarás cómo al final del capítulo, en el versículo 58, leemos: «Les dijo Jesús...—es decir, a los fariseos y a los escribas— [Les dijo Jesús:] De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuera, yo soy. Tomaron entonces piedras para tirárselas...». Ellos reconocieron que Jesús estaba identificándose y reclamando para sí ser el YO SOY, ser *Jehová*; y ellos lo consideraron, erróneamente, como una blasfemia. Fallaron en ver la gloria divina del Señor Jesucristo.

Y cuando nos vamos al final de la Biblia, en Apocalipsis 1:4, tenemos también una alusión al significado de este nombre *Jehová*. Jesús es llamado «[El] que es y que era y que ha de venir». En el versículo 8 del mismo capítulo vemos una extensión de su significado, que dice: «Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso». Todo eso describe lo que es el Señor Jesucristo. Este es otro ejemplo de cómo el nombre *Jehová* se aplica a Cristo. También puedes verlo, por ejemplo, en el versículo 5 de Apocalipsis 16.

Entonces, aprendemos que a menos que creamos que Jesús es *Jehová*, moriremos en nuestros pecados. Pero, por el contrario, si confesamos con nuestras bocas y creemos en nuestros corazones que Jesús es el Señor —es decir, *Jehová*— seremos salvos. Esto lo dice Pablo en Romanos 10:9 y 13.

Así, cuando Dios dice: «Este es mi nombre», está revelando a su pueblo quién es él. Ahora bien, adviértase la trascendencia del nombre de Dios, por ejemplo, en el tercer mandamiento. Esto lo leemos en Éxodo 20:7: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano, porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano».

El tercer mandamiento abarca todas las formas en que el nombre de Dios se revela. «Su nombre» también hace referencia a sus títulos —lo que comúnmente denominamos como sus nombres—, pero también se refiere a sus atributos, a su Palabra, a su adoración, a sus obras, y demás. Todo lo relacionado con lo que Dios revela sobre sí, podríamos decir que está comprendido o resumido en su nombre. Por tanto, todo ello debe ser tratado con reverencia; y nunca tomado en vano o con ligereza.

Esto se confirma aún más en el Nuevo Testamento, en la primera petición de la oración del Señor. En Mateo 6:9 leemos: «...santificado sea tu nombre». El Catecismo Menor de Westminster, pregunta 101, nos ofrece la siguiente respuesta: «En la primera petición [...] rogamos que Dios nos capacite a nosotros y a otros para glorificarlo en todo aquello por lo cual él se da a conocer...».

Así pues, vemos que el nombre de Dios nos introduce en la revelación de quién es él. En esta lección, aprenderemos que solo Dios se nombra a sí mismo, y nos lo declara; y que, al hacerlo, se revela a sus criaturas tal como él es. Se nos revela tal como es. El nombre de Dios denota la naturaleza de Dios. Es decir, los nombres de Dios revelan la naturaleza, el carácter y los atributos de Dios.

John Owen, un puritano inglés del siglo XVII, escribió: «Todo lo que un nombre de Dios nos comunique sobre su ser, eso es exactamente lo que debemos esperar de él, puesto que él no nos engañará confiriéndose un nombre incorrecto o falso». De manera que podemos ver, entonces, con qué riqueza las Escrituras nos hablan sobre la trascendencia del nombre de Dios, la revelación o manifestación propia de su ser.

En segundo lugar, consideremos algunos de los aspectos doctrinales relacionados con los nombres de Dios, y la manifestación que hacen sobre el Dios vivo y verdadero. Hemos comenzado considerando el nombre *Jehová*, el YO SOY EL QUE SOY, traducido también como Señor. Algunas biblias lo escriben con versalitas: SEÑOR.

Pero, consideremos ahora algunos otros nombres de Dios. Todos ellos nos revelan la gloria, la naturaleza y los atributos del Dios trino —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, que se aplica por igual a la Divinidad. Intentaremos conectar el significado de estos nombres con lo que nos enseñan sobre su gloria.

Así que, además del nombre *Jehová*, también tenemos el nombre en hebreo *El*, que está en singular, o *Elohim*, que está en plural, el cual se suele traducir simplemente como «Dios». Pero la idea es la majestad superabundante de Dios. Lo puedes ver en Ezequiel 28:2, también en Oseas 11:9, y otros lugares, como Números 23:19.

El plural de esta palabra hebrea, *Elohim*, es uno de los nombres más comunes de Dios en el Antiguo Testamento. Bien, ¿y qué nos enseña, o nos revela, acerca de Dios? Bueno, habrás notado que, aunque a veces se nos da en su forma plural, esto apunta a la pluralidad que existe en la Divinidad.

Vemos esto desde el principio, en Génesis 1:26, e incluso puedes retroceder, y conectarlo con los dos primeros versículos de la Biblia, Génesis 1:1-2. Esto va acorde con la revelación progresiva de Dios sobre sí mismo en el Antiguo Testamento, la cual, por supuesto, culmina y se hace más clara en el Nuevo Testamento, donde se habla de Dios en plural.

Ahora bien, en nuestra serie de lecciones estaremos meditando en Dios y su esencia única —su único ser— subsistiendo en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Veremos algo sobre la importancia de ello. Pero, el nombre de Dios, *El* o *Elohim*, también apunta a su autoridad y poder, lo cual hace posible la revelación posterior de este poder de Dios dentro de la Divinidad en el resto de las Escrituras.

Un segundo nombre para Dios es *Adonai*, la palabra hebrea *Adonai*, que significa «señor», «maestro» o «gobernante». Este se utiliza para hacer referencia a Dios en varios lugares de todo el Antiguo Testamento: Josué 3:11; también lo vemos en los Salmos, por ejemplo, el Salmo 97:5; y también en los profetas,

como Zacarías 4:14 y 6:5, por ejemplo. Entonces, estos tres nombres —*Jehová*, *Elohim* y *Adonai*—, son los nombres más comunes o los más usados para referirse a Dios.

Sin embargo, también existen combinaciones de estos nombres que, junto con otras palabras, nos revelan más acerca de Dios. Piensa conmigo, por ejemplo, en algunos de los nombres compuestos o asociados con la palabra hebrea *El* o *Elohim*. Uno de ellos es *El Shaddai*, que traducido es «Dios Todopoderoso». Especialmente, en la era de los patriarcas, el periodo patriarcal, aparece mucho este nombre: Dios Todopoderoso. Génesis 17:1, por ejemplo. Este nos revela que él es el Dios de la creación, pero también el Dios de la providencia.

Otro nombre asociado con *Elohim* es *El Elyon*, que significa «Dios Altísimo». Este nos habla de su exaltación trascendente, de su gobierno soberano con el cual rige todas las cosas. Vemos que dice «Dios Altísimo» en Génesis 14:20, el Salmo 78:35 y el Salmo 91:1, entre otros pasajes.

Otro nombre es *El Olam*, o «Dios eterno»¹. Lo puedes ver en el Salmo 90:2, por ejemplo. Y si te fijas bien, en este nombre, «Dios eterno», se habla de la eternidad de su ser. Él está fuera del tiempo, tal como aprenderemos más a detalle en una lección posterior. Él es el Dios que ha creado el tiempo, que lo ha traído a la existencia. Puedes comparar el nombre «Dios Altísimo» del Antiguo Testamento con sus referencias en el Nuevo Testamento, como en Romanos 16:25-26.

Otro nombre es *El Roi*, «el Dios que ve». Puede compararse Génesis 16:13 con el Salmo 33:18, y con la apertura del Salmo 139. Entonces, «el Dios que ve» es un Dios que lo sabe todo, un Dios que tiene todo conocimiento, cuya presencia está en todas partes para ver lo oculto y lo manifiesto, lo que está dentro de nosotros y lo que está fuera también. La luz y las tinieblas lo mismo son para él (Sal 139:12).

Otro nombre es *El Guibor*, o «Dios fuerte», «el Dios fuerte» como dice Isaías 9:6, o el Salmo 45:3². Pero advertirás, por ejemplo, en el Salmo 89:19, que tam-

¹ En el Salmo 90:2, tanto la biblia de edición inglesa *Authorized King James Version* (AKJV) como en la española Reina-Valera SBT (RV-SBT), no se encuentra de manera literal la construcción «Everlasting God» ni «Dios eterno», respectivamente. El profesor lo extrae literalmente del hebreo, teniendo como base Romanos 16:26, tal como lo mencionará al final de su explicación. (N. del T.).

² En español, la Biblia Reina-Valera SBT traduce esa palabra en el Salmo 45:3 como «oh valiente», y en el Salmo 89:19 como «poderoso». Sin embargo, debe considerarse que el profesor está usando originalmente la AKJV, donde se lee «O most mighty» y «mighty», respectivamente; y, por tanto, aun-

bién hace referencia al Mesías. De modo que, se habla del Mesías como el «Dios fuerte». Piensa en Isaías 10:21 también. El Mesías es aquel que vendrá como Dios y cumplirá, en calidad de «Dios fuerte», la voluntad de Dios.

Entonces, esos son algunos ejemplos del nombre de Dios o, en hebreo, *El, Elohim*, asociado con otras palabras, dándonos así una gran variedad de nombres para Dios. Y lo mismo sucede con el nombre *Jehová*; hay nombres compuestos o asociados con la palabra *Jehová*. Está el nombre «el Señor de los ejércitos» o «Jehová de los ejércitos». Ese nombre era usado para animar al pueblo de Dios cuando están siendo perseguidos por sus enemigos ante una muy posible derrota.

Este nombre aparece de manera más frecuente en los profetas de la restauración, los profetas que Dios envió para que hablaran a su pueblo en el tiempo en que se dirigían a restaurar la tierra. Aquí se nos presenta un bello cuadro del Señor. Aunque la primera vez que se usa este nombre es en 1 Samuel 1:3. Pero aparece de manera prominente —como he dicho— en profetas tales como Jeremías, Hageo, Zacarías y Malaquías.

Ahora bien, en *Jehová de los ejércitos*, la palabra «ejércitos» puede hacer referencia a las huestes angelicales, los ejércitos del cielo, o también, en ocasiones, a los ejércitos de Israel, como en 1 Samuel 17:45. De manera que, cuando pensamos en *Jehová de los ejércitos*, bien podemos pensar en ambos tipos, porque se hace referencia a los dos: a Dios, como el Dios que cabalga sobre los cielos con los ejércitos del cielo, donde están los ángeles, así como el Dios que habita entre su pueblo. El nombre *Jehová de los ejércitos* es un recordatorio para el pueblo de Dios de que él es suficiente para salvarlos de todos sus enemigos, que él es el único invencible y defensor de su pueblo.

Otro nombre es *Jehová-yireh*, que significa «Jehová proveerá». Esto lo encuentras en Génesis 22:14. Allí, Abraham, en el monte Moriah, es llamado a ofrecer a Isaac como sacrificio en un altar; pero, Dios envía un ángel que lo detiene, y lo provee de un carnero. Allí se nos da este nombre *Jehová-yireh*, «Jehová proveerá». Esto nos revela que el Dios de la providencia nos provee también la salvación. La redención de Cristo, por supuesto, es la manifestación suprema de la providencia, como puedes ver en Hechos 2:23.

que algunos términos no coincidan exactamente con el español, no obstante, se corresponden con su intención. (N. del T.)

Otro nombre es *Jehová-nisi*, «Jehová mi bandera», en Éxodo 17:8-15. De nuevo, esto suele aplicarse al Mesías, como vemos en Isaías 11:10; Cristo es «Jehová mi bandera»¹.

Otro nombre es *Jehová-rafá*, «Jehová tu Sanador». Esto lo vemos en Éxodo 15:26. Y Cristo, evidentemente, encaja de lleno con este nombre en particular. Lo ves en los evangelios, por ejemplo, en Mateo 12:15 y 14:14.

También tenemos *Jehová-salom*, «Jehová es paz», «Jehová nuestra paz». En el Antiguo Testamento lo encontramos en Jueces 6:24. Y este pasaje puedes contrastarlo con cómo el Nuevo Testamento habla de Dios, como la paz de su pueblo, y esto afirma nuestros corazones, como, por ejemplo, en Efesios 2:14.

Otro nombre es *Jehová-rohi*, «Jehová es mi pastor». Todos conocemos y amamos cantar el Salmo 23: «Jehová es mi pastor; nada me faltará», y demás.

Todavía tenemos más nombres: «Jehová, justicia nuestra», *Jehová Tsidkenu*, «Jehová, justicia nuestra». La justicia del pueblo de Dios. Esto lo encontramos en Jeremías, específicamente, 23:5-6. Y cuando llegamos al Nuevo Testamento, de nuevo, descubrimos que «Jehová, justicia nuestra» hace referencia a Cristo, en 1 Corintios 1:30.

Tenemos también «Jehová que os [santifica]». Ahora bien, todo el libro de Levítico trata sobre la santidad, y la santidad del evangelio de Dios. Puedes ver el nombre «Jehová que os [santifica]» en Levítico 20:7-8. Este, y en realidad todos los nombres, hacen referencia a toda la divinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hasta ahora, he estado destacando algunos ejemplos del Nuevo Testamento en los que se aplican específicamente al Señor Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad, el Hijo eterno. No obstante, como también puedes comprobar, el Nuevo Testamento atribuye la santificación a las tres personas de la Trinidad.

También tenemos *Jehová-sama*, «Jehová está allí», en Ezequiel 48:35. Si quieres ver lo mismo en el Nuevo Testamento, dirígete hacia el final de tu Biblia, en Apocalipsis 21:2-3. Este es el cumplimiento de la promesa del pacto, de que Dios morará en medio de su pueblo. Él es «Jehová [que] está allí».

¹ En español, la Reina-Valera SBT traduce este versículo como «pendón», el cual es un sinónimo de bandera (N. del T)

Pues bien, aquí tienes algunos ejemplos de cómo al nombre *Jehová* se le suman otras palabras dando lugar a una variedad de nombres que revelan quién es Dios. También hay nombres compuestos con *Israel*. Esto enfatiza la relación personal de Dios con su pueblo.

Leemos sobre *Jehová Dios de Israel* en pasajes como Jueces 5:3; o leemos sobre el *Santo de Israel*; este último aparece 29 veces solo en el profeta Isaías. El nombre *el Santo de Israel* también se aplica al Mesías, en Isaías 43:14 y 48:17.

También contamos con *el Fuerte de Israel*. El divino poder se muestra a favor de aquellos que son oprimidos entre el pueblo de Dios. Esto lo vemos ya desde Génesis 49:24, como también en el Salmo 132:2, entre otros.

Dirijamos ahora nuestra atención propiamente al Nuevo Testamento. Como sabemos, el Antiguo Testamento se escribió en hebreo, y el Nuevo Testamento, en griego; por tanto, hay nombres para Dios en el Nuevo Testamento también, algunos de ellos importados del Antiguo Testamento, y otros que se basan en lo que ya tenemos en el Antiguo. Pero hay varios nombres descriptivos que se añaden a los ya mencionados.

Por ejemplo, tenemos la palabra *theós*, que en griego significa «Dios». Por tanto, este nombre se aplica a las tres personas de la Divinidad en el Nuevo Testamento: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Aunque se usa principalmente para el Padre, en representación de la majestad de toda la Divinidad.

También tienes la palabra *Señor*. En griego, es *kurios*. Y aquí tenemos una conexión importante entre esta palabra neotestamentaria *Señor*, y el nombre veterotestamentario *Jehová*. Ya he mencionado algunos ejemplos sobre esto: pasajes del Antiguo Testamento que usan la palabra *Jehová* que son citados en el Nuevo Testamento para hacer referencia al Señor Jesucristo. Pero también puedes ver la conexión con *Jehová*, por ejemplo, en Filipenses 2:8-11.

Existe otra palabra también para *Señor*: la palabra griega *despótes*, que tiene un sentido más de posesión y autoridad. Puedes verlo en los Evangelios, en Hechos, y en las epístolas, incluso en el libro de Apocalipsis 6:10.

Pues bien, en esta sección hemos considerado algunos de los nombres que Dios se confiere a sí mismo, y que luego nos lo revela; así como también estos nombres abren nuestra mente para que veamos, por medio de ellos, el carácter

de quién es el Dios trino, la gloria que le pertenece, su naturaleza, sus atributos, y demás.

Esto debe ser muy importante para nosotros, porque a medida que avancemos en nuestro estudio sobre el ser de Dios con mayor detalle, y más específicamente sobre los atributos de Dios, aquellas características de su ser divino, estamos aprendiendo la forma en que Dios se nos revela; comenzando con este tema predominante de los nombres de Dios en toda la Biblia.

En tercer lugar, consideraremos la perspectiva polémica; lo haremos de manera breve. Y lo primero que podemos ver en esta sección, es que algunos alegarán que el nombre de Dios no es más que una mera etiqueta, y no una revelación. No se trata de una manifestación como tal de su carácter.

Al igual que, por ejemplo, puedes nombrar de cierto modo a una mascota. Es solo una etiqueta, es solo una manera con la que tú quieres referirte a esa criatura en particular. Pero eso no comunica nada necesariamente acerca de qué criatura o persona es.

Pero ya hemos visto que esta idea de pensar en el nombre de Dios como una simple etiqueta que solo sirve para llamarlo o identificarlo es un craso, craso error. Hay mucha riqueza y plenitud en los nombres de Dios, porque Dios nos da sus nombres para que, en efecto, conozcamos su esencia, quién es él en su naturaleza y su carácter.

Y esto afecta la manera en cómo meditamos en él. Nuestros pensamientos sobre Dios comienzan con sus nombres, tal como él mismo se ha llamado. Y al meditar en los nombres de Dios, estamos yendo directo al grano, por así decirlo, y vamos profundizando más y más en nuestro conocimiento de quién es Dios, quién es el Dios vivo y verdadero, cómo podemos conocerlo, qué impacto produce en nosotros, cómo esto fortalece nuestra fe, cómo nos lleva a adorarlo poniendo nuestra confianza sólo en él, etc.

Lo segundo, es que, como el nombre de Dios se atribuye al Señor Jesucristo, históricamente surgieron muchos grupos heréticos que negaron la divinidad de Jesús. Y muchos de ellos aún persisten hoy, bajo diferentes etiquetas. Tenemos, por ejemplo, a los testigos de Jehová. Los testigos de Jehová son una secta, una religión falsa. Ellos creen una gran cantidad de cosas que son trágicamente falsas, y que a su vez son errores condenatorios.

Uno de ellos, uno de sus peores errores, es el hecho de que ellos niegan que Jesús sea Dios. De modo que, incluso antes de que lleguemos a la doctrina de la Trinidad, la cual estaremos estudiando, y también antes de considerar la gloria divina del Señor Jesucristo, en nuestro estudio de hoy hemos visto que Jesús es Dios.

¿Por qué? Porque a él se le confiere el nombre de Dios. En el primer capítulo del Nuevo Testamento, en Mateo 1, se nos dice que a José y María se les dio el nombre *Jesús* para el niño que nacería de María. Y se nos dice también el porqué: se nos dice que su nombre es Jesús porque Dios vino para «[salvar] a su pueblo de sus pecados».

El nombre *Jesús* es equivalente al nombre veterotestamentario *Josué*, que significa «Jehová salva». De modo que, el mismísimo nombre de Cristo, *Jesús*, es «Jehová salva». YO SOY EL QUE SOY, el Dios supremo que guarda el pacto, es aquel que viene para salvar a su pueblo. Así que, desde el primer capítulo del Nuevo Testamento, a *Jesús* se le identifica como Dios mismo.

Luego, mientras avanzamos desde Mateo 1, al pasar por los Evangelios, vemos a Jesús reclamando para sí el ser identificado como Dios, que él y su Padre son uno. Como vimos en el capítulo 8 de Juan, él afirma ser el YO SOY, lo cual reconocieron los judíos en el acto, que Jesús estaba reclamando para sí la deidad.

Después, al llegar a las epístolas, Pablo y otros, como el apóstol Juan, están revelando todo lo que eso conlleva. El primer capítulo del Evangelio de Juan dice: «En el principio era el Verbo —es decir, Cristo—, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Él es Dios, y aún así, su persona puede distinguirse de la primera persona de la Trinidad, del Padre. Así, pues, nada más comenzar, estamos echando raíces en el suelo de las Escrituras, reconociendo que la gloria divina le pertenece al Señor Jesucristo.

En cuarto y último lugar, también podemos extraer aplicaciones prácticas de esta doctrina. Lo primero, y más asombroso de todo, es que Dios pone su nombre sobre su pueblo. Comenzamos, pues, con esta magnífica verdad, esta doctrina de que los nombres de Dios revelan quién es él, y esto nos deja con un profundo sentido de asombro.

Y este crece aún más cuando descubrimos que Dios toma esos nombres sublimes, elevados y gloriosos, que él se ha conferido para sí, y los pone sobre

su pueblo. Isaías 43:7 dice: «Todo el que es llamado de mi nombre, para gloria mía lo creé, lo formé y también lo hice». También recordamos lo que Jeremías 15:16 dice: «Se hallaron tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón, porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos».

Si nos dirigimos al Nuevo Testamento, al final de Mateo 28:19, leemos: «Por tanto, id y enseñad a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Aquí tenemos el nombre —en singular— de Dios, que es descrito en plural —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, que es puesto sobre el pueblo de Dios. Ellos son bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Además, en Hechos 11:26, se nos dice que los discípulos fueron llamados *cristianos* por primera vez en Antioquía. Reciben el nombre de *cristianos*. Llevan el nombre de *Cristo*.

En Apocalipsis 2:17, dice: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza le daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y escrito en la piedrecita un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe». ¿Alguna vez te has preguntado cuál es ese nombre? ¿cuál es ese nombre que el Señor va a dar a cada uno de los suyos?

Bueno, un poco más adelante, en un pasaje paralelo, en Apocalipsis 3:12, se nos dice: «...y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo de mi Dios, y mi nombre nuevo». Al creyente le es dado el nombre de Dios. El nombre de Dios es puesto sobre él. Esto es algo muy, muy maravilloso.

Lo segundo, es que el nombre de Dios representa la presencia de Dios. En Deuteronomio 12:5, dice: «sino que el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de todas vuestras tribus para poner allí su nombre para su habitación, ese buscaréis, y allá iréis». También vemos algo similar en Deuteronomio 16:2.

Si avanzamos hasta los días de Salomón, en 1 Reyes 8:17, leemos: «Y David, mi padre, tuvo en el corazón edificar casa al nombre de Jehová Dios de Israel». Así que, el nombre de Dios también implica su presencia. Y esto es muy bueno para nosotros, porque en Proverbios 18:10 dice: «Torre fuerte es el nombre de Jehová —o el nombre del Señor—; a él correrá el justo y será levantado».

De manera que, cuando venimos al culto público, ¿qué sucede? Estamos viniendo al lugar donde Dios ha puesto su nombre. Y en la proclamación del evangelio, predicamos a Jesucristo, y a éste crucificado; y se llama a las personas, a los pecadores, a correr al nombre de Cristo, como torre fuerte, y ser levantados.

Lo tercero, es que nunca debemos tomar el nombre de Dios en vano, tal como dice el tercer mandamiento. Debemos hablar de Dios de manera reverente. Esto es importante para nosotros, porque esto aplica —recuerda— no solo a los títulos de Dios, sino también a sus atributos. Hablamos de santidad, pero nunca debemos atribuir santidad a algo vano. O cuando pensamos en las obras de Dios, incluso la palabra «infierno» debe ser usada con reverencia, o «maldición» debe ser usada con reverencia.

A veces escuchamos a personas que usan los nombres de Dios, los atributos de Dios, de formas que son blasfemas. Estamos en la obligación, a veces, de llamarles la atención, de alertarlos. Porque se nos dice que «...no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano». Antes bien, debemos orar y trabajar para que el nombre de Dios sea santificado, sea conservado puro. Oramos: «Santificado sea tu nombre».

Lo cuarto, es que el creyente lleva el nombre de Dios. De manera que, nuestra vida entera muestra la gloria de Dios. La búsqueda de la santidad evangélica moldea nuestro servicio a nuestro Dios santo. Cristo es la luz del mundo, y su pueblo es llamado a ser luz, como luminares, en un mundo oscurecido.

Nuestra luz es un reflejo de la luz que hay en Cristo, al igual que la luna brilla con la luz del sol. La luna no emite luz: lo que vemos en ella es un reflejo, el reflejo de la luz del sol que resplandece sobre ella. Así, la luz de Cristo resplandece sobre su pueblo e ilumina a todos los que están a nuestro alrededor. Llevamos su nombre, con lo cual, estamos sirviendo a sus intereses y a su gloria.

Bien, en esta lección, hemos visto los nombres de Dios. Hemos aprendido que conocemos a Dios porque él se nos revela, que sus nombres están relacionados con sus títulos, sus atributos, sus obras, su adoración, y su Palabra. Todo esto establece el marco de lo que debemos aprender del Señor. En nuestra siguiente lección, estudiaremos aquello que Dios nos ha revelado sobre el ser del Dios vivo y verdadero, comenzando por algunos de sus atributos que nos ha revelado.